

## Flores nuevas

Todos los días labro mi tierra,  
la limpio de malas hierbas  
y siembro flores nuevas.

Durante mucho tiempo  
tuve abierto mi campo a su albedrío,  
regado por las lluvias y los ríos,  
fecundado al azar, libre a los vientos.

Era la tierra nueva  
y florecía cada primavera.

Luego labré de surcos  
y aboné con esfuerzo la senara,  
lancé a voleo el trigo y la cebada,  
segué las mieses y atrojé su fruto.

De esta honrada manera  
colmé el sencillo haber de mis paneras.

Ahora le he puesto al prado  
un seto de romeros y de jaras,  
cavo a diario y lento con la azada  
y lo atiendo con mimos y cuidados.

Cada día me espera  
la sorpresa de hermosas flores nuevas.

JOSÉ CANAL

## JUAN DE TORQUEMADA



UANDO España pesaba en Roma y sus teólogos orientaban al Papa, eran tiempos gloriosos que hoy apenas añoramos porque se quedan lejanos y desconocidos.

El día 26 de Septiembre se cumplen exactamente cinco siglos del sentido óbito de un español que deslumbró con su ciencia sagrada a los más profundos y estudiosos dignatarios de la Iglesia, tanto griega como romana.

Escondidas en la capilla de la Anunciación de la basílica romana de Minerva, y bajo una tumba de alabastro, esperan la suprema y definitiva glorificación, las venerandas cenizas del eminente purpurado don Juan de Torquemada, gloria de la Orden dominicana y de España.

Con el siglo XV nació la fama del fraile español que, con estilo y cultura salmantinos, mereció ser enviado como perito teólogo al Concilio de Constanza, acompañando a un esclarecido embajador del rey de Castilla. Llevaba el estimable bagaje de una brillantísima licenciatura en París, obtenida en 1424 y el grado de Doctor y Maestro, alcanzado el año siguiente con singular admiración de los selectos profesores.

En 1431, el Papa Eugenio IV cautivado por sus envidiables y destacadas cualidades, le nombró Maestro del Sacro Palacio, encomendándole después importantes legaciones.

Su primera revelación fue el segundo domingo de adviento en un sermón notabilísimo por la densidad de luz y seguridad de doctrina. Al joven español acudían después los escritos fronterizos para obtener su censora opinión.

Pero cuando se puso al rojo aquel ingenio teológico fue al tener que estudiar el punto básico y capital del Concilio, tema que provocó luchas, discordias y rebeldías, sembrando un intrincado laberinto de opiniones y conductas o actitudes. Se discutía acerca de la superioridad conciliar sobre el Pontífice.

En su famosa obra «*Suma contra los enemigos de la Iglesia*», condenó el dominico español todos los argumentos esgrimidos, re-

sultando notable e insuperable aquel tratado apologético en defensa del papado.

Desde entonces empezó a ser Torquemada eficaz y decisivo consejero papal. Por el mismo Eugenio IV fue nombrado defensor oficial para el diálogo o discusión contra los eminentes teólogos griegos, entre los que figuraba el futuro cardenal Besuarien, entonces metropolitano cismático de Nicea. La brillantísima actuación y férrea dialéctica, mereció al sabio español, el título pontificio de «Defensor de la Fe». Años más tarde Inocencio VIII reimprimía a sus expensas la contundente apologética del papado escrita por el purpurado español.

En 1439 era investido por Eugenio IV con la púrpura cardenalicia. Obtuvo el título de San Sixto y las sedes episcopales de Sabila y de Albano.

Su eminente dignidad eclesiástica y sus triunfos teológicos y conciliares, no le tentaron con la fácil vanidad. Siguió vistiendo y trabajando como humilde e incansable hijo de Santo Domingo, con verdadero espíritu monacal, que le mantuvo sinceramente vinculado a la regla y a sus hermanos.

Pasó por uno de los cardenales más piadosos y apostólicamente dinámicos del Sacro Colegio.

Como elector pontificio fue uno de los «papables» por su aureola de sabio, santo y amado por todos. Por cartas de diferentes diplomáticos conocemos hoy la popularidad y simpatía del insigne español cuando se trataba de elegir Papa.

Su fidelidad a todos los Pontífices que sirvió, no tuvo ondulaciones zigzagueantes. Les dedicó con afecto algunas de sus obras y mereció singulares delicadezas pontificias.

Con luminosa visión asesoró a Pío II y organizó una gran coalición de naciones cristianas para la mutua defensa contra el inminente peligro turco.

Torquemada fue indiscutible campeón de las artes en los medios eclesiásticos de su tiempo. Su obra «Consideraciones» sobre las imágenes pintadas por su mandato en el claustro del monasterio de Santa María de Minerva, fue de las primeras que alcanzó el honor de imprimirse en los albores del arte de la imprenta. Introdujo en Italia este revolucionario medio de cultura y protegió el renacimiento arquitectónico hermoando algunos de los templos romanos, como el de Minerva y su claustro contiguo.

España le debe inmensa gratitud por su eficaz apoyo para muchas obras artísticas y centros culturales.

Luchó contra la usura patrocinando los Montes de Piedad y dotando con cuantiosas donaciones al que luego se hizo el más importante de Italia.

Fue llamado el más sabio de los miembros del Sacro Colegio y el mayor teólogo de su época.

Pervive en la Ciudad Eterna la memoria del eruditísimo cardenal español en su amada fundación de 1460 para dotar doncellas pobres. Para esta Hermandad edificó su capilla en Santa María de Minerva y dejó un hermoso lienzo que representa al cardenal recomendando a la Virgen tres niñas pobres.

El más hondo impacto de su gran labor entre las altas figuras eclesiásticas y conciliares, fue su ardiente esfuerzo por la unidad. Bien pudo ser calificado como el campeón de la unión de las iglesias.

Si hubo grandes lumbreras eclesiásticas en las más solemnes asambleas conciliares, y prestigiaron nuestra patria, como Osio de Córdoba y los sabios que Menéndez Pelayo denominó «Luz de Trento», bien merece catalogarse, en este alto nivel, el cardenal español don Juan de Torquemada, como faro de profunda doctrina, columna de unidad, y gloria de la Iglesia y de España.

TEODORO FERNANDEZ

---

## IDEARIO EXTREMEÑO

Cercena lo superfluo en el comer y en el beber, y en el vestir y en todo el ornato y aplauso exterior; y luego y muchas veces y continuamente despierta la fuerza concupiscible de tu ánima, multiplicando los deseos de amar ferventísima y castísimamente al Señor.

FRAY JUAN DE LOS ANGELES